

# Crónicas y desventuras de un navarro en el Río de la Plata: Los “Fracasos de la Fortuna” de Miguel de Learte

JAVIER DE NAVASCUÉS\*

El reducido panorama de la prosa literaria de la Hispanoamérica colonial parece sugerir la existencia de otros textos diferentes de aquellos por los que transitan habitualmente todos los manuales sobre la materia. Tal es el caso de *Fracasos de la fortuna* de Miguel de Learte, obra escrita en 1788 y publicada mucho tiempo después, en 1926, por el P. Grenón<sup>1</sup>. Este texto, prácticamente desconocido, es la autobiografía de un comerciante navarro, natural de Sangüesa, que emigra a mediados del siglo XVIII al Virreinato del Río de la Plata. La escasa repercusión obtenida entre la crítica puede deberse, entre otras razones, a la corta tirada de la edición, tan sólo doscientos ejemplares, y a su limitada distribución. Sin embargo, esto no quita para que *Fracasos de la fortuna* sea un libro interesante y valioso, tanto por los datos históricos que proporciona sobre la vida rioplatense en el siglo XVIII, como por su ubicación en el panorama literario de la época. De hecho, visto desde esta perspectiva, comprobamos en primer lugar que continúa una corriente de prosa autobiográfica representada por unas pocas obras del siglo anterior, tales como el *Cautiverio feliz* de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, los *Infortunios* de Alonso Ramírez de Carlos Sigüenza y Góngora y la *Relación verdadera* que compuso sobre su vida Catalina de Erauso, más conocida como la Monja Alférez.

\* Universidad de Navarra.

1. Miguel DE LEARTE: *Las aventuras de Learte*, en P. GRENÓN (ed.): *Documentos históricos*, vol. IV, Córdoba, Talleres gráficos, 1926. El título original es *Fracasos de la fortuna* pero el editor lo alteró. Pese a ello, he preferido respetar la voluntad de Learte. A partir de aquí, citaré todas las referencias por esta edición, la única hasta ahora según mis noticias.

Básicamente, *Fracasos de la Fortuna* recoge las aventuras y desventuras de su autor desde la fecha de su nacimiento, acaecido en 1733, hasta 1788, año en que concluye su redacción en medio de amarguras y frustraciones. La organización de la historia se trasluce por los desplazamientos del protagonista. A partir de esto podría decirse que el libro se divide en dos mitades. Hay una primera parte, bastante extensa, en la que Learte se mueve por tierras españolas sin llegar todavía a América. Todo esto abarca desde los primeros años en Sangüesa (Navarra) hasta la temporada que pasa en la isla de Tenerife, de escala para Buenos Aires. Empiezan estas memorias con una minuciosa descripción del pueblo natal, incluso con abundante información acerca de su posición geográfica, ya que el autor escribe para lectores americanos, no españoles:

“En el Reino de Navarra, cuya Capital Pamplona, hay una ciudad titulada Sangüesa, cabeza de merindad, de las seis que compone aquel reino, sita a las faldas de los Montes Pirineos; la baña, riega y fecunda los ríos Gía y Aragón, que se unen a la entrada de su territorio y dan el ser y nombre de caudaloso al Río Ebro, tan nombrado en las Historias” (p. 11).

A continuación se prolonga un extenso pasaje sobre los orígenes etimológicos del topónimo, las acequias que riegan las inmediaciones, la composición del Ayuntamiento, el número de parroquias y conventos, las características de los templos, la vecindad con el castillo de Javier y hasta la mención de leyendas famosas (como la de san Virila). Tal es el pormenorizado recuerdo que tiene el autor de su lejana patria. A veces, con excusable nostalgia, se detiene a recordar chascarrillos que sin duda estuvieron en boca de los vecinos durante sus primeros años. Al referirse a la Iglesia de Santa María la Real, comenta:

“Los Arquitectos franceses que pasaron a la construcción del Palacio Real de Felipe V hicieron el examen de la torre, subiendo a su remate con instrumentos y no pudieron comprender cómo los antiguos la trabajaron y colocaron aquella piedra en los términos que se halla, y más cuanto el grueso de la pared sólo incluye una piedra ¡Tan grandes son!” (p. 13).

Comentarios como éstos, hechos desde la distancia espacio-temporal, revelan el apego hacia una tierra ya remota. Tengamos en cuenta que Learte escribe desde lo que después será la Argentina. Luego, cuando en repetidas ocasiones el narrador confiese haber recurrido en los peligros al santo patrono de Navarra, esta imagen de arraigo se fortalecerá aún más en el lector.

Transcurre, pues, su infancia y adolescencia lejos del subcontinente y, a lo largo de la narración, se desprende la constante inquietud vital que impulsa al protagonista a ir en busca de lo desconocido. En ocasiones el autor se inmiscuye en el movido relato de acontecimientos para opinar desde su personal atalaya de la vida humana y juzgarse a sí mismo con la altura que le permite el paso de la edad. Y el panorama que divisa no es precisamente muy feliz.

La estructuración de esta primera parte, que abarca seis de los dieciocho capítulos de que consta la obra, es notoriamente episódica. El narrador va hilvanando sucesos sin demasiada relación y en los que el único común denominador acaba siendo la figura del joven héroe. Éste se erige, por otro lado, en el único personaje que tiene una cierta caracterización a lo largo de las aventuras, mientras que los demás se van intercambiando apenas empiezan a

cobrar relieve y estatura. De esta manera el universo humano dibujado por el recuerdo de Learte se configura en torno al “yo” protagonista, dejando que se desvanezcan en el relato todas las demás personas conocidas por él. Es más: éstas suelen concluir su participación en el libro permaneciendo en el anonimato. Learte no utiliza demasiadas veces los nombres propios. Por todo ello, la caracterización resulta demasiado esquemática.

Los episodios con que el narrador va sazónando el texto son pintorescos y variados. Por ejemplo, en el viaje que emprende a Madrid a los diez años, el protagonista asiste a una cacería de ladrones por la sierra y, al llegar al pueblo de Ágreda ve un mono por primera vez en su vida. El animal desde la jaula impresiona y asusta al niño, pero éste se venga matándolo de una pedrada. De Madrid pasa a Sevilla, alojándose en casa de unos primos, y tiempo después, escapa del hogar familiar para llegar a Cádiz. Allí sirve al Marqués de Monteaugudo y vive varios trances de sabor muy picaresco como veremos. En un viaje en barco por la bahía naufraga y está a punto de perecer ahogado. Tiene razón Alfonso Sola al considerar este episodio como inventado y, por tanto, en buena parte novelesco<sup>2</sup>. Se dan demasiadas coincidencias milagrosas para pensar lo contrario. El trayecto hasta el Río de la Plata es muy accidentado. Miguel lo ha intentado antes, pero, al poco tiempo de salir de Cádiz, el buque que lo llevaba cayó presa de unos piratas ingleses. La segunda y definitiva vez se salva otra vez de morir ahogado y de ser devorado por los tiburones durante una tormenta. La desgracia le sigue persiguiendo: le roban en la escala de Lanzarote y luego en Montevideo. Hasta aquí la primera parte.

La segunda se inaugura con una entrada en el Nuevo Mundo que no puede ser peor. Sin embargo, pese a quedar despojado de sus bienes, el protagonista no se desanima. Durante algún tiempo ejerce el contrabando entre una orilla y otra del Río, ocupación muy frecuente en aquella época y lugar. Luego se une a una tropilla de mercaderes que se dirigen al Cuzco. Durante el camino se ven asaltados por los indios. Pasado el peligro y llegados a Tucumán, Miguel rompe con el patrón y se queda en la ciudad. Realiza diversos viajes de negocios de contrabando por cuenta propia desde los extremos de la provincia rioplatense hasta Buenos Aires. En muchas de sus experiencias se ve cómo debe luchar contra las injusticias humanas o la simple fatalidad. Así, en Salta cae gravemente enfermo de unas fiebres extrañas y, cuando comienza a sanar, le vuelven a robar, dejándolo sin un peso. Gracias a un alma generosa obtiene el dinero suficiente para salir de la ciudad y se establece en Córdoba. Allí trabaja como administrador para la poderosa Compañía de Jesús. Los negocios prosperan y Learte parece haber llegado, en el año 1767, a la cumbre de su fortuna. Ya piensa en regresar a España y hay quienes hablan de nombrarlo gobernador. Pero, justo entonces, justo cuando acaba de dejar Córdoba para resolver una última gestión para la Compañía en Salta, llega la noticia de la expulsión de los Jesuitas desde España. La caída de éstos afecta también a quienes trabajaron para ella. Se crean Juntas de Temporalidades para dirimir la adjudicación de los bienes y

2. Cfr. A. SOLA GONZÁLEZ: “Una novela autobiográfica del siglo XVIII”, *Capítulos de la novela argentina*, Mendoza, Biblioteca San Martín, 1959, p. 31.

muchos aprovechan para arreglar sus diferencias con los que antes se enriquecieron. Terrible resulta para Learte este suceso. Bajo falsas acusaciones, según él, es perseguido por la justicia y metido en la cárcel:

“Esta quedada, salvo la voluntad divina, fue como el principio y origen de todos mis infortunios y trabajos, que, envuelto en ellos, juzgo caminaré al sepulcro, como diré adelante, si Dios me diera tiempo” (p. 204).

Sufre pena de prisión a lo largo de un año. Después escapa. Tiene que zafarse de sus enemigos en múltiples lances. Se ve obligado a mendigar y a hacer de juglar para sobrevivir. Tras innumerables embrollos burocráticos, consigue regularizar su situación, aunque no recupera el dinero perdido. Consigue el cargo de Contador y Síndico del Monasterio de Santa Catalina en Córdoba. Pero los ahogos económicos y los achaques amargan el final de su existencia. Y así, hasta su condición recién inaugurada de hombre casado acaba por hacerle infeliz.

En lo que se refiere al empleo de la lengua, lo que más llama la atención a primera vista es el empleo de una sintaxis extremadamente coloquial, con lo que ello lleva consigo de abundancia de concordancias “ad sensum”, anacolutos, cambios indebidos de tiempo gramatical, torpeza en el manejo del estilo indirecto, etc. Este ajuste a la lengua hablada implica también la aceptación de expresiones característicamente hispanoamericanas. Así, para referirse a “la casa de alguien” se usa “lo de Blanco” (p. 236), “lo de la Gobernadora” (p. 228), etc.<sup>3</sup>. Asimismo, no son pocas las voces ligadas a la zona del Río de la Plata, tales como “cuadril”, “manchancha”, “mañerando”, “garuar”, “gofia”, “pulpero”, etc. Incluso se acude a voces de origen indio como “chasqui”, “guasca” o “caucanito”. La misma espontaneidad se refleja en los vulgarismos: “pasaino” y no “paisano” (p. 133), “carromacho” y no “carromato” (p. 27), “Felipinas” y no “Filipinas” (p. 85), “taratana” y no “tartana” (106), “habieran visto” y no “hubieran visto” (p. 130)... Si a todo esto se suma la generosa utilización de refranes, queda ya representado el carácter no erudito del autor, al fin y al cabo contrabandista y traficante de mulas en una zona olvidada del Imperio español. Cuando éste, con pretensiones de estilo de la época, incluye alguna alusión literaria con la cual adobar su relato, acude a dos o tres autores clásicos muy conocidos (Cicerón, Virgilio, Horacio) o bien, de forma más original, al *Quijote*. En alguna ocasión, el texto trae a colación una cita equivocada, lo que manifiesta la ingenuidad de Learte. Así, cuando cuenta la inundación de su pueblo natal, concluye muy seriamente: “De Sangüesa se puede decir lo que de Virgilio cantó Troya” (p. 280).

Por todo lo que llevo dicho, no debiéramos considerar *Fracasos de la Fortuna* como una obra de méritos artísticos muy elevados. Ya antes me he detenido en la excesiva concentración en torno a la figura del protagonista. Repercute esto en detrimento de la información que a través del relato se podría obtener de las circunstancias de la acción, personajes secundarios, etc... Además, en determinados pasajes la narración no entra precisamente

3. Cfr. Ch. KANY: *Semántica hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 19, pp. 163-165. Ya existen testimonios de esta modalidad en tiempos de la Colonia.

“como agua clara y ligera”, de acuerdo con lo que afirmaba el P. Grenón en su “Prólogo” (p. 5). Incurre allí nuestro autor en demasiadas incorrecciones gramaticales y en un exceso de oraciones compuestas con fines explicativos.

Pese a todo, tampoco las memorias de Learte dejan de poseer ciertas cualidades. Learte es capaz de atraer la atención del lector con otras armas, por medio de la acumulación de verbos que transmiten la sensación de un estilo rápido y vivaz. He aquí un ejemplo:

“Un día, estando en el escritorio escribiendo, no sé qué me mandó el Cajero; vino a él a ocuparme en otra cosa. Le dije que no podía. Me replicó que lo hiciese luego. Porfié que no, por estar haciendo lo que el Cajero me había mandado. Instó diciendo que primero era él. Dije que, si era primero no quería obedecerle. Quiso pegarme. Cogí las tijeras de cortar papel y me paré, diciéndole que, si se acercaba, de un golpe le daría dos puñaladas; que ¿quién era el vejete para ponerme las manos?” (p. 52).

No debe engañarnos la simplicidad general del estilo de Learte. De vez en cuando, asoma la ironía en sus comentarios, sobre todo en aquellos en los que ha salido con bien. Así cuenta una pelea mantenida con un mozo pendenciero:

“Un día que se pasó a jugar, le dí, con algún enfado, un golpe; y revisitiéndose de cólera, me pagó con la misma moneda, aunque doble por sencilla; yo, que me he preciado de buen pagador (...) le repetí con usura y se retiró bien cargado de ella”. (p. 87).

Si el valor artístico, como estamos comprobando, es sólo relativo, no puede decirse que el libro carezca de interés desde otros planteamientos.

Pasemos a atender al contexto histórico-literario. Desde esta perspectiva se comprueba el lugar de predecesor que ocupa nuestro libro frente a producciones posteriores. Según los datos de que tengo noticia, *Fracasos de la Fortuna* es el primer libro de memorias escrito dentro de la Argentina. En una literatura nacional en la que sobreabundan los testimonios autobiográficos, tal y como Prieto estudió brillantemente para el siglo XIX, la obra de Learte se anticipa a la de los hombres de Mayo y a Sarmiento, Alberdi, Mitre, Mansilla, Guido y Spano, etc.<sup>4</sup>

También es de sumo interés la relación que *Fracasos de la Fortuna* mantiene con la evolución de la picaresca en el nuevo continente. María de los Reyes Casas Faunce, que ha estudiado el desarrollo del género en Hispanoamérica con detenimiento, señala tres obras de la época colonial considerándolas predecesoras de toda una tradición<sup>5</sup>. Ellas son: *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle (1635), *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690) de Carlos Sigüenza y Góngora y el *Lazarillo de ciegos caminantes* (1773) de Alonso Carrió de la Vandra. Ninguna puede proclamarse como enteramente picaresca y todas son de índole extranovelesca. Lo mismo se puede decir de la obra de Learte. Ahora bien, si ninguna puede adscribirse de forma total al género, no es menos cierto que *Fracasos de la Fortuna* tiene con el patrón inaugurado por el *Lazarillo de*

4. Cfr. Adolfo PRIETO: *La literatura autobiográfica argentina*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, 1962.

5. Cfr. María de los Reyes CASAS FAUNCE: *La novela picaresca latinoamericana*, Madrid, Cupsa, 1977, pp. 17-28.

*Tormes* y el *Guzmán de Alfarache* más semejanzas en varios aspectos que algunos de los textos aducidos por Casas Faunce<sup>6</sup>. Veámoslo a continuación.

El primer dato que sale al encuentro nada más comenzar la lectura es que se trata de una autobiografía. Desde el *Lazarillo de Tormes* todos los autores de la picaresca han gustado de relatar sus andanzas desde un planteamiento confesional en primera persona, ya sea porque ésta equivalga a un artificio retórico ficcional o porque corresponda a la realidad. No es éste el caso, sin duda, de *El Carnero* y, por otro lado, tampoco lo es de un modo absoluto el de el *Lazarillo de ciegos caminantes*, ya que no constituye una autobiografía completa. Tan sólo la obra de Sigüenza y Góngora se le asemeja más, pero éste se centra en unos pocos años, mientras que *Learte* parte desde la infancia y recorre morosamente sus distintos jalones vitales.

La baja extracción social es otro rasgo muy común. *Learte*, sin embargo, no procede de una familia humilde ni sus padres desempeñan oficios deshonrosos. Varios de sus hermanos, como él mismo se complace en añadir orgulloso, se han encumbrado en puestos eclesiásticos de importancia. Pero, como en tantos pícaros, los golpes de la fortuna se ceban en él desde la cuna. Esta suerte de determinismo se refleja en las primeras líneas que el autor dedica a su propia persona:

“Nací, como he dicho, el año de la Nanita para que, primero naciera en mí la desgracia que yo mismo” (p. 17).

Ese funesto año de la Nanita, 1733, fue así llamado por la terrible hambruna que asoló España y que arrastró a la muerte a muchos. Como un signo premonitorio, Miguel de *Learte* viene al mundo “con una madre tan débil y accidentada que no pudo criarme como a los otros a sus pechos; me dieron ama; y, a los siete meses, mudaron tres, porque las tres fallecieron, y trayendo la cuarta mi padre a casa, no la admitió mi madre, diciendo que yo mataba más que la peste y que sería mejor que muriese que no acabase a las mujeres” (id.). Mal alimentado a base de sopas de aceite y leche, crece endeble y enfermizo, sufriendo algunos accidentes. Es curioso observar que, como ha notado Zugasti respecto de otras novelas picarescas hispanoamericanas, se da una brusca interrupción de la fase de lactancia en el héroe<sup>7</sup>. De alguna manera viene a ser en todos los casos un aviso de lo que se habrá de padecer después.

En la escuela destaca por su carácter vivaz. En sus correrías se ve obligado a huir de los castigos del maestro en repetidos lances. Estas aventuras anticipan las futuras persecuciones a causa de la justicia, lo cual guarda también semejanzas con algunas novelas de la picaresca. Ahora bien, *Learte* insiste en la falta de razón por parte de su temprano persecuidor pues él no cree haber sido un niño desobediente ni violento. Fueron las rencillas personales entre el maestro y su padre las que motivaron la inquina que éste le cobró. Cuando

6. Dentro de la abundante bibliografía sobre la caracterización del pícaro, tomo con especial consideración los trabajos de Claudio GUILLÉN: “Toward a Definition of Picaresque”, *Proceedings of the III Congress of International Comparative Literature Association*, 1962, pp. 253-266, y de Jesús CAÑEDO: “El curriculum vitae del pícaro”, RFE, XLIX, 1966, pp. 125-180.

7. Cfr. Miguel ZUGASTI: “Tres nuevos pícaros: el *Lazarillo* de Cela, Pito Pérez y Don Gaspar de Mula Quietan”, M. ZUGASTI (ed.): *Estudios de hispanismo contemporáneo*, Nueva Delhi, Embajada de España, 1990, p. 234.

su hermano clérigo lo saca de Sangüesa para servir de paje en Madrid, declara el autor:

“Y antes de proseguir la narración hago una digresión: y es que qué fin tendría mi hermano en sacarme de la patria y llevarme a su lado, cuando por lo dicho hasta aquí parecería que sería yo algún Roberto el Diablo o un Martín Rasgado? Y un muchacho de esta naturaleza no era para este fin.

Pues, no; no fuí así; porque en la realidad fuí de buen índole, inclinación y sujeción;” (p. 24).

El oficio de paje o mozo de muchos amos parece consustancial con el del pícaro. Y Miguel no puede ser menos. Residiendo en Madrid, su hermano lo destina para el servicio de una Grande de España, aunque al final el objetivo se frustra. Luego, en Cádiz lo vemos como criado de don Agustín Ramírez, Marqués de Monteagudo y, luego, a don Gaspar Pren. Con el primero, sobre todo, hace gala de su ingenio, principal arma del pícaro para sus fines. El joven protagonista idea varias burlas contra quienes le caen mal o le hacen la vida imposible. Para reírse de un paje molesto, construye un fantasma con instrumentos de cocina y deja al muñeco en un cuarto oscuro. El resultado no sólo asusta al enemigo sino que alborota la casa entera (pp. 53-54). Una treta parecida previene contra unas presumidas que acaba también de un modo semejante (p. 58). La broma pesada, que no rechaza lo escatológico, cumple el cometido de afirmar la superioridad frente al más fuerte en apariencia. Así sucede con un soldado que importuna a Miguel registrándole cada vez que éste entra y sale de la ciudad por un recado de su amo:

“Y un Guarda de la puerta me tomó a su cuidado: que siempre que salía me había de detener y registrarme todas las faldriqueras; esto conté a un Escribiente de la casa y me sugirió que amoldase un tarro a la medida de la faldriquera, cosa que cupiese la mano y lo llenase de excremento, para que, pegándole ese chasco, no repitiese tanto registro. Yo lo hice mejor que me aconsejaron, porque siempre he sido amigo de seguir buenos consejos; lo puse en la casaca que, por ir de capa, que me vió el Guarda, se vino a mí; me palpó por fuera; y como vio duro, dijo: “¿Qué levaba?” Le respondí: “Mierda”. Cuanto lo pronuncié, me puso al pecho una pistola, diciendo sacase lo que llevaba. Dije que no quería; que no era contrabando; y que la sacase y lo vería. Ciego de cólera, mete la mano; y se halló con lo mismo que dije” (p. 63).

Pero no todo es festivo. Learte no desconoce las experiencias del hambre y la indigencia. En una ocasión se ve forzado a recurrir a su ingenio para no morir de inanición. Se trata de uno de los episodios de más neto sabor picaresco del libro. Huyendo de la justicia, cruza la frontera con el Alto Perú casi desfalleciente y con calenturas. Llega hasta un lugar donde se celebra una boda de indios y pide comida:

“Me apée; mas ninguno se comedía a darme nada, ni acomodar mi cabalgadura, antes reparé que me miraban con ceño; por lo que discurrí hacerme juglar, por quitarles la aprensión: encontré una flauta y un tamboril: los toqué, convidé a bailar: pasé a la cocina; hablé con cariño a una vieja; y ya observé que hacían mejor semblante; pedí a mi indio me acomodase mi macho; lo hizo prontamente y le dió cebada.

En esto avisaron que venía la comitiva; les salí al encuentro poco trecho con el tamboril; y así con éstas y otras cosas, me concilié los ánimos de aque-

llos Indios y me regalaron bien que, de no hacerlo, quizás me echan a palos” (pp. 250-251).

Podría otorgársele a Learte ese carácter misógino, que la crítica ha tendido a adjudicar a los pícaros<sup>8</sup>. Learte no incluye aventuras amorosas a lo largo de su azarosa carrera vital. Su matrimonio nos sorprende repentinamente, sin preámbulos, al comenzar el capítulo final. Poca inclinación natural al matrimonio parece tener nuestro héroe: cuando está casado, suspira por el celibato, y cuando está soltero, se zafa de los escasos intentos que hay para comprometerlo. De hecho, se admira, con una pizca de sorna, del afecto que le tomó un clérigo en las Canarias, ¡sin que éste pudiera “tener sobrinas ni hermanas”! (p. 139). En general, no se puede decir que las mujeres que entran y salen en su vida sean retratadas con cariño: la chismosa gaditana a la que tiene que dar un buen moquete, la veleidosa patrona que comete injusticias con él, la mujer del Gobernador Campero, la muerte de una prostituta famosa que tanto le impresiona, etc. Ya es significativo lo que dice respecto de la buena acogida que le ofrece la mujer de su primo en Sevilla:

“Por rara vez, como el Fénix, aman las mujeres a los parientes de sus maridos!” (p. 34).

La diversidad de espacios recorridos por el pícaro es un elemento afín en las novelas españolas de los siglos XVI y XVII que luego se traslada a América en el *Periquillo Sarniento*. Miguel de Learte es un joven inquieto que va quemando etapas sin descanso hasta las Indias. Allí viaja por lugares visitados por don Alonso Carrió de la Vandra. Pero si el sarcástico funcionario español va dejando continuas observaciones geográficas, culturales, económicas, históricas, etc. allí por donde pasa, nuestro Learte adopta una actitud poco menos que indiferente hacia las nuevas tierras y ciudades americanas que conoce. En esto se asemeja más a los pícaros clásicos, ya sea un Lázaro o un Guzmán.

Pese a todo, cabe hacer salvedades del mayor interés cuando el protagonista evoca sus primeros desplazamientos de infancia y adolescencia por tierras españolas. Así, el libro se inicia con una larga semblanza de Sangüesa, pueblo natal del autor, minuciosamente reconstruida por sus datos geográficos, históricos, administrativos, demográficos y artísticos (¿Es casualidad que esta sea la descripción más extensa de la obra? No parece serlo, como más adelante comprobaremos). Al llegar a Alcalá de Henares recuerda que era una villa muy plausible pero que “entre muchos primores que ví, lo que más admiración me causó, fue ver juntos tantos estudiantes” (p. 31). Asimismo, Madrid vuelve a causarle sorpresa por la magnitud y variedad de su población. El deseo de “ver a Sevilla” (p. 33) es lo que le mueve a salir de la Corte. De Cádiz rememora algunos detalles del Palacio de d. Agustín Ramírez (p. 42). Y de las Canarias se detiene a comentar las Romerías de Tenerife, las características de algunas villas tinerfeñas o el uso de los camellos como bestias de carga, “que son como los guanacos o carneros de tierra, pero mayores que los caballos; muy zancudos, pescuezo largo, cabeza chica, colas de conejo; tienen una joroba y en su contorno el pelo o lana larga, lo demás corto como el del caballo (p. 120). Es precisamente en estas islas donde Learte tiene ocasión de realizar una de las aventuras más gratuitas, por puro placer,

8. Cfr., entre otros, G. ALVAREZ *Le thème de la femme dans la picaresque espagnole*, Groningen, J.B. Wolters, 1955, y J. CAÑEDO “Tres pícaros, el amor y la mujer”, *Ibero-Romania*, I, 1969, pp. 193-227.



de su relato. Se trata del ascenso al Teide, que el protagonista intenta coronar a fin de comprobar si es cierto que en la cima hay una laguna con una pequeña isla en el centro. No pudiendo alcanzar la máxima altura en el día, Learte debe volverse no sin hacer notar que desde allí se divisaban cinco de las islas del archipiélago (pp. 135-137). Bien diferente en cuanto a las intenciones y a los frutos cosechados es este viaje en comparación con los que tiene que hacer en América.

¿Por qué adopta frente al paisaje una actitud tan radicalmente distinta al arribar a las Indias? Montevideo, Buenos Aires, Salta, Mojos o Tucumán son simples topónimos, desnudos de toda ornamentación. Una explicación plausible sale al paso enseguida: el lector contemporáneo del autor necesitaba más información de la Península y, sobre todo, de las Canarias, que del Virreinato. Esto es cierto. Pero también se nos brinda otra razón que, sin negar a la primera, la completa. Tengamos en cuenta la imagen positiva y nostálgica que ofrece Learte del medio de su juventud y, en comparación, la frialdad con que juzga a muchos conciudadanos suyos. Así, refiriéndose a la belleza y a lo abrupto del paisaje de las Canarias:

“Si yo tuviera talentos para explicar la situación de las islas, lo haría, por ser en realidad un pasmo de la naturaleza. La gente, muy laboriosa, que, a estar aquellos promontorios en la América, ni un hombre viviera...” (p. 141).

El espacio perdido, Navarra primero, luego el resto de España, se alza en la memoria de Learte por encima de la triste experiencia americana. De ella nos informa poniendo de relieve los acontecimientos, sin importar cualquier posible pausa en el relato que desarrolle alguno de los múltiples lugares por donde va, de una punta a otra del Virreinato. En cambio, cuando su evocación se remonta a una etapa más feliz, se para gustoso para fijar ese tiempo y ese espacio en la escritura.

Las desgracias de Learte, cuya verdad histórica está demostrada<sup>9</sup>, le arrastran a una visión amarga del espacio que lo acogió definitivamente en su juventud. Este es uno de los rasgos más singulares del libro. Un íntimo desarraigo late en el autor, que muchas veces menciona a su “patria” para referirse a su tierra natal y que habla de sus “paisanos” cuando se encuentra con algún navarro. Naturalmente el desengaño vital conduce a que se entreveren en el texto algunas reflexiones moralizantes sobre la vanidad de las ambiciones humanas, sobre todo cuando éstas se refieren al Nuevo Mundo:

“Pero, como en casa había navío y se estaba aprontando para la Vera Cruz, cada diligencia que se hacía a este fin, era aumentar mi deseo a pasar a las Indias ¡Válgate Dios por deseos: que, conseguido uno, ya aspiraba a otro! ¡Oh ambición! ¡Oh volátil genio del hombre! En la patria deseaba ver Madrid; en Madrid, a Sevilla; en Sevilla, a Cádiz; en Cádiz, a las Indias!” (p. 43).

Y a todo esto, conviene recordar, por cierto, que las digresiones moralizantes están unidas al género desde Mateo Alemán y que luego las cultiva con profusión Fernández de Lizardi en América. Así concluye el autor un párrafo en el que antes ha descrito su perpetua inquietud de adolescencia:

9. Cfr. Alberto GULLÓN: *La frontera Este de la Gobernación del Tucumán desde la segunda mitad del s. XVIII*, Universidad de Sevilla, tesis doct. inéd., 1991.

“Que esto tiene nuestro corazón insaciable, pues cuando apetece una cosa, no apartamos nuestros pensamientos de ella hasta que la poseemos; y, ya gozada, pasa la ansia a otra, y, por consiguiente, el tedio a la poseída” (p. 33).

Con todo, no se puede otorgar al protagonista un carácter de auténtico pícaro. Él mismo se apresura, como ya hemos visto antes, a defenderse y a asegurar que estuvo desde pequeño muy lejos de serlo. De hecho, las más de las veces es víctima de las trapacerías ajenas que le llevan a situaciones desesperadas. Afloran en su comportamiento rasgos picarescos ocasionalmente, pero que, en buena medida, se dan cuando las circunstancias lo imponen. Pero no se encuentra a gusto actuando así en la mayoría de los casos, sobre todo a partir de la llegada a América. Al llegar al nuevo continente, Learte busca pronto un oficio socialmente reconocido con el que mantenerse, ya como tratante de mulas, ya como mercader. Como apunta Prieto, hasta las pocas familias de abolengo “desamparadas de cargos y sinecuras oficiales, sin minas ni haciendas que explotar, debieron dedicarse, obligatoriamente, a no muy brillantes menesteres, como el comercio de mulas, en el caso de la aristocracia cordobesa o salteña, o a la modesta industria del vino, en la cuyana, o al contrabando de esclavos, cuero y manufacturas, común a la aristocracia porteña y a la de varias ciudades del interior”<sup>10</sup>.

Aceptadas todas las reservas necesarias, no cabe duda de que *Fracasos de la fortuna* posee elementos suficientes para considerarla como un primer balbuceo de la picaresca en América. Su presentación como discurso autobiográfico, ciertos episodios de la crianza, el uso del ingenio para la burla o para sobrevivir, su situación ocasional de mozo de muchos amos, su latente misoginia, las reflexiones moralizantes y la escasa atención al espacio así lo confirman. El *Periquillo Sarniento* tuvo un claro antecedente en la obra del emigrado navarro.

Y, por último, queda en pie otra cuestión no menos sugerente. Miguel de Learte, juguete de la fatalidad y de la burocracia, se siente completamente desubicado en el medio que le ha visto madurar y hacerse hombre. Su deseo de “hacer las Indias” se ha estrellado y ha sufrido en su propia carne los rigores del Nuevo Mundo. Y así, sus anhelos de regresar a esa “patria” abandonada en la niñez preludian dramáticamente otros desarraigos futuros.

10. A. Prieto: op. cit., p. 25.